



Acaba de suceder un acontecimiento, que desgraciadamente está pasando como por debajo de la mesa, y es, la figura-símbolo del pastor colocada en la variante vial que pasa frente al ventorro de Chafé y más allá de Entrepinos. Antes de comentar permítanme hacer una acotación, dicen los diccionarios: arte es un conjunto de reglas para hacer algunas cosas, también producción de belleza, habilidad y maña. Como ustedes pueden ver estas definiciones son subjetivas, por eso me permito lo que a mi entender pudiera ser arte: toda obra hecha por el ser humano, de tipo físico, emocional e intelectual y "que a mí me guste". Particularmente no me gusta el cubismo de Picasso, tampoco las infantilidades de Miró, ni el símbolo de la madera, como ese que estaba detrás de la Torre de Mangana, pero esto sólo se refiere a mí, que soy el que estoy escribiendo este artículo.

Lo que sí me ha dejado realmente impactado ha sido este símbolo del pastor, me ha gustado: el sitio donde lo colocaron, su tamaño, su color, el ángulo de la cabeza, su perfil, su ropa, su cayado, inclusive el color marrón.

Plagiando a Saramago, al verlo, me he puesto a pensar que la historia de los pastores, como la de los otros seres humanos está hecha de lágrimas, esas que son internas y que no delata la cara, de algunas risas, unas pocas pequeñas alegrías y un gran dolor final. Que todas las vidas son diferentes, pero que la de los que trabajan en la naturaleza, con el alma limpia, deben ser azules y verdes y que en todos nosotros hay momentos en que la vida cae, sin razón, inesperadamente, como de sopetón, y nos deja perplejos, confusos y súbitamente amputados de futuro.

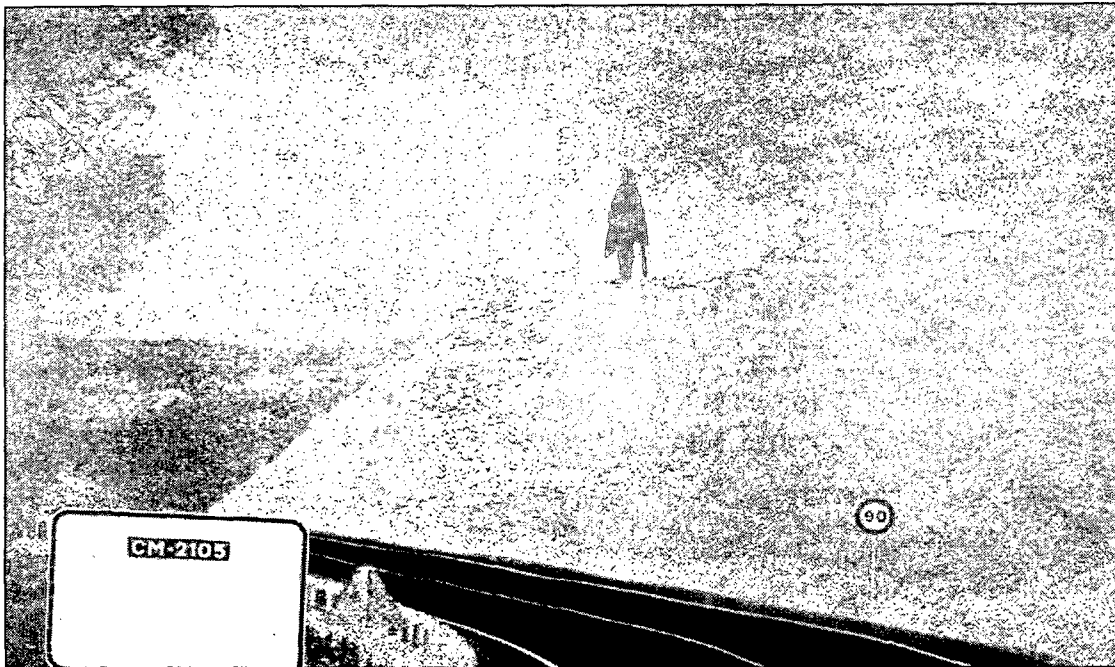
Nuestro pastor, con su cayado, el capote embarrado y antiguo está preparado para las lluvias y nieves futuras, por donde resbalaron todas las aguas del cielo, que sentirán su fortaleza cuando lo veamos

emerger de la montaña blanca que se forme en invierno a sus pies, pero seguirá teniendo su majestad e inspirándonos el mismo mensaje, que siempre habrá algo nuevo que mirar, que todos los días son diferentes y merecen la pena de ver. Este será el diálogo mudo que entable con nosotros cada vez que pasemos a su lado y veamos ese rostro que nos parecerá tallado a hachuela, fijo, pero expresivo, y adivinando en sus ojos pequeños y agudos, la mirada hacia Dios a través de las estrellas, como si hubiera comprendido al fin el sentido de su trascendencia humana. Él es un hombre igual a muchos de esta tierra y de este mundo, un hombre que tuvo, seguramente muy pocas oportunidades y que si se le hubieran dado podría haber sido un filósofo y quien sabe si un gran "escritor analfabeto" de esos que pontifican cuando hablan y con la melancolía de algo que nunca pudieron ser.

Pero ahí está, obstinado y silencioso, como quien cumple un destino en el que nada se puede modificar, abrazando los árboles y un poco despidiéndose ya de los troncos o de los frutos que no volverá a comer y de las sombras, cómplices amigas, de las que tampoco volverá a disfrutar. Pero, no importa, adivinamos a través de él que hay en las cosas sentidos ocultos que solo ocultamente y en la intimidad pueden ser entendidos... Con él saldremos a pasear a la luz de la luna y a contemplar y sentir el cielo sobre nosotros y disfrutaremos del río, ese camino en marcha donde los ojos navegan a su velocidad. Ah, qué soledad, parece un silencio diferente el silencio junto al pastor, ese que hace reflexionar, del que nos recoge hacia adentro pesando y midiendo nuestras fuerzas, sin importar que las palabras estén ausentes pues es la emoción la que dirá porqué en esos momentos las palabras dejan de comunicar y se convierten en hierba fresca y verde que cubre tupidamente la ribera del río. Y es un silencio que se escucha, examina y observa, que se pesa y analiza, como un silencio fecundo, de tierra negra y fértil, que es el humus del ser y la melodía callada que lo hace vivir y caminar.

La voz del pastor está encerrada en sus labios de metal, pero los ecos de su grito, resuenan de

El pastor castellano



Motivo aparecido en la Felicitación de Navidad de la Consejería de Obras Públicas

verso en verso entre las montañas que se hablan y responden para llegar a los duros oídos de los que quieren escuchar. La figura-símbolo es una justificación y el remordimiento ante un desamor; adivinamos en ella el fuego que interiormente arde invisible y cuando las palomas en ella se posen será la forma de decirle a él así nuestra veneración por lo que ha sido y será, como una manera, con sus alas, de coronación. Ya te llevaremos, pastor, flores a tus pies y adivinaremos las lágrimas que correrán por tu rostro labrado y duro, y alzaremos también una bandera en ese lugar, por un breve instante, "donde un hombre sencillo fue feliz".

Ya veremos, cuando el sol te de a tí a plomo y venga el frío, resbalar la lluvia por tus cabellos y el gotear por los ojos aprendiendo de ti el valor real del tiempo y lo que en él se contiene, con la serenidad de saberse transitorio y aún poder seguir viviendo.

Pero falta el perro, sí, no te concibo sin él, ese fiel y amado compañero, a través del cuál también te hiciste pastor, que en tu trabajo siempre te acompañó y que compartió contigo la música de la naturaleza haciéndola que fuera para dos y que al mirarlo parecía que todo era insignificante y falso. Ah, este mundo al que algunos llaman perro y los perros, sin duda, lo llamarían hombre. Este perro, amigo pastor, a través del cuál descubriste que no obstante su pequeña dimensión, a tu mundo daba sentido, con su natural alegría y a veces su profundo e irremediable dolor, que te enseñó que

poco valen tradiciones, antiguallas y prejuicios mohosos y que importante es el presente donde duele el pensamiento y difícil se alcanza la paz.

Sí, definitivamente al pastor le falta su perro, no hay pastor sin perro y no se pueden separar. Fue Eugene O'Neill el que escribió el "Testamento del Perro"; al final de su relato dice a través del animal, "Una última palabra de adiós, queridos amos, cuando visitéis mi tumba, deciros a vosotros con pena, pero también con alegría en vuestros corazones, las siguientes palabras, a manera de recuerdo por todos los años que juntos pasamos: Reposo aquí alguien a quien nosotros hemos amado y que nos ha también querido. Por profundo que sea mi sueño os oiré y ni todo el poder de la muerte podrá evitar que mi espíritu agite hacia vosotros una cola de perro agradecido".

El mejor amigo que tiene un hombre en este mundo puede volverse contra él y transformarse en su enemigo y traicionarlo en su buena fe. El dinero que un hombre tenga puede perderlo y desaparecer, quizás cuando más lo necesita. La gente que está dispuesta a caer sobre sus rodillas para honrarnos cuando el éxito nos sonríe puede ser la primera en tirar la piedra de la maldad cuando el fracaso caiga sobre nuestras cabezas. El único amigo absoluto y desinteresado que puede tener un hombre en este mundo egoísta, el que nunca es desgradecido o traicionero, es su perro que estará a su lado en la prosperidad y en la pobreza, en la salud

y en la enfermedad. Él dormirá en la fría tierra, donde sopla el viento y la nieve se arremolina implacablemente, sólo para poder estar al lado de su dueño. Besaré la mano que no pueda ofrecerle comida, cuidará las heridas y penas que el encuentro con la rudeza del mundo le ocasiona y guardará el sueño de su amigo el pastor, como si fuera un príncipe, y cuando todos los demás lo abandonen, él permanecerá. Cuando la riqueza desaparezca y la reputación se haga añicos, él será constante en su amor, como el sol en su continuo viaje a través del cielo.

Y si el destino llevara a su pastor a ser un proscrito en el mundo, sin amigos y sin hogar, el fiel perro no pedirá otro privilegio que el de acompañarlo para defenderlo del peligro y pelear contra sus enemigos.

Y cuando el último de todos los actos llegare, y la muerte se lleve a su pastor y su cuerpo sea tendido en la fría tierra, no importa si todos sus amigos pasan de largo, pues allí, junto a su tumba, encontraréis al noble perro, su cabeza entre las patas, sus ojos tristes pero abiertos y en alerta vigilancia, siempre fiel y leal en la eterna despedida. Y cuando muera él, quisiera que para todos los perros se escribiera el siguiente epitafio de Lord Byron: "Aquí reposan los restos de una criatura que fue bella sin vanidad, fuerte sin insolencia, valiente sin ferocidad y tuvo todas las virtudes del hombre sin ninguno de sus defectos". Si, artista, a nuestro pastor le faltó su perro.

Julio César Zomeño